

A propósito del fantasma de devenir psicoanalista*

GÉRARD POMMIER**

Fondation Européenne pour la Psychanalyse, París, Francia

A propósito del fantasma de devenir psicoanalista

On the fantasy of becoming a psychoanalyst

À propos du fantasme de devenir psychanalyste

Resumen

Gérard Pommier explora las vicisitudes de devenir psicoanalista y sus relaciones con el universo fantasmático que se anuda a la experiencia analítica. Propone una lectura del deseo del analista que interroga la cuestión de tal deseo y del fantasma que lo causa: el deseo del analista no es un deseo puro puesto que, como cualquier otro deseo, está articulado con el fantasma. El atravesamiento de las identificaciones sucesivas del fantasma de devenir psicoanalista revela en último término aquello a lo que el fantasma busca hacer pantalla: La Cosa freudiana, *das Ding*, como aquello que sella el destino del sujeto en su relación con un Otro absoluto como sede de la palabra.

Palabras clave: trauma, fantasma, deseo puro, deseo del analista, devenir analista, plano de la identificación, *Nebenmensch*.

Abstract

Gérard Pommier explores the vicissitudes of becoming a psychoanalyst and its relationship with the fantasmatic universe involved in the analytic experience. He suggests an approach to the analyst's desire that questions such desire and the fantasy from which it derives. The analyst's desire is not pure because, like any other desire, it is articulated with the fantasy. The successive identifications of the fantasy of becoming a psychoanalyst pass through each other and reveal, in the end, something which the fantasy seeks to make screen of: The Freudian Thing, *Das Ding*, which seals the destiny of the psychoanalytic subject in his relation with an absolute Other as homeplace of word.

Keywords: trauma, fantasy, pure desire, analyst's desire, becoming an analyst, identification plan, *Nebenmensch*.

Résumé

L'auteur explore les vicissitudes du devenir psychanalyste et ses rapports avec l'univers fantasmatique qui se noue à l'expérience psychanalytique. Il propose une lecture du désir de l'analyste qu'interroge ledit désir et le fantasme qui en est sa cause: le désir de l'analyste n'est pas un désir pur parce qu'il est, comme tout autre désir, articulé au fantasme. La traversée des identifications successives du fantasme de devenir psychanalyste montre en dernier terme ce à quoi le fantasme cherche à faire écran: la Chose freudienne, *Das Ding*, comme ce qui scelle le destin du sujet dans son rapport à un Autre absolu en tant que siège de la parole.

Mots-clés: trauma, fantasme, désir pur, désir de l'analyste, devenir analyste, plan de l'identification, *Nebenmensch*.



* Texto traducido del francés por Francisco Rengifo Lozano, Hospital Sainte-Anne, París, Francia. Tomado de *Revue du Cercle Freudien, Che Vuoi?* 15, "La formation des psychanalystes" (Paris: Editorial L'Harmattan, 2001), 193-206.

** e-mail: gerardpommier@free.fr



1. De otro lado sería lo mismo si se hablara de un “deseo de nada”, la nada situada aquí a partir de la negación o, más exactamente, la denegación de lo que esa nada reprime de sexual. Este deseo de nada, o aun —para retomar otras formulaciones—, este “deseo de muerte”, puede tener otras representaciones como la de la identificación con el objeto, que revela de manera evidente su connotación sexual, ya que la identificación con el objeto define el goce del objeto materno, que sin duda corresponde a lo que Lacan pudo describir en la proposición de 1967 como una manera de “fijar al sujeto a su propia diarrea”.

La práctica demuestra con creces que solo algunos análisis son didácticos. ¿Por qué ciertos analizantes quieren devenir psicoanalistas? El “deseo del analista” introduce una pregunta hasta ahora opaca: ¿se trata de un deseo “nuevo”, de un deseo “original”, resultante de un análisis, o al contrario, se trata del *impasse* de un deseo ya esbozado, que conduce en último término a ese “deseo del analista”?

POSICIÓN DEL PROBLEMA ABORDADO

Resulta útil desplazar ligeramente los términos habituales del problema, esto con el fin de intentar percibir sus resultados bajo una perspectiva renovada. Trataremos de hacerlo según una progresión crítica (es decir, criticando las maneras de pensar actualmente convenidas sobre la cuestión). En efecto, la tradición oblitera y banaliza este “deseo del analista”, y la *doxa* introduce además el inconveniente de hacer pensar que existiría una especie de “deseo puro”, reservado a quienes practican el análisis. De este modo obtenemos la piadosa imagen de una suerte de santidad del analista, que en lo ordinario de su *des-ser* (*désêtre*) prestaría auxilio a sus hermanos en situación de desvalimiento. ¡Como si el deseo no estuviera, como siempre, articulado con el fantasma! En efecto, el deseo está articulado con el fantasma tanto en su pendiente regresiva de goce, como en el tipo de vectorización progresiva del deseo, pero este último no es un “deseo puro”, como pudo haberlo formulado Lacan. Aquí como en cualquier otro lugar, el alegato de pureza nos reenviaría inmediatamente a la represión, es decir, a un deseo cuya fuente sexual habría sido cuidadosamente desplazada¹. Es necesario entonces, por desgracia, renunciar a la pureza. Es menos estético pero más freudiano. “No hay deseo puro” quiere decir que el deseo reenvía al fantasma, el cual tiene forzosamente un objeto, y es a este último al que vamos a someter a examen.

Podemos considerar “el deseo del analista” desde un punto de vista histórico, es decir, tratando de localizar su punto de emergencia: siempre encontraremos su articulación con alguno de los avatares del complejo de Edipo. A propósito, sería verdaderamente extraordinario que, contrariamente a todos los demás sujetos, los analistas no inscriban su vocación bajo uno de estos avatares. Sin embargo, podemos constatar que algunos analistas consideran su vocación como el resultado de un deseo

sin causa (¿una nueva especie de la providencia divina?), y en todo caso cuando se les interroga al respecto, parecen no haberse formulado la pregunta. Esto puede parecer exagerado, pero tomaré como elemento de prueba las teorizaciones según las cuales “todos los análisis serían didácticos”. Con esta afirmación se sobreentiende que aquellos que han realizado un análisis sin devenir analistas, simplemente no habrían animado sus esfuerzos lo suficientemente lejos. La experiencia demuestra que no hay nada más falso, y cabe preguntarse por qué una afirmación tan errónea pudo obtener un tal voto de confianza. ¿Acaso no es suficientemente claro que esta creencia es inversamente proporcional a la ignorancia con respecto al hecho de que el deseo dirige a cada sujeto hacia una cierta actividad más que a otra?

La especificidad que ha constituido el deseo de un tal analista no ha sido cernida, y su particularidad queda enmascarada bajo la cubierta de generalidades del tipo “todo análisis es didáctico”. Es cierto que existen dificultades para descubrir esta especificidad. En mi experiencia he observado que, sin ninguna excepción, el analizante que quiere devenir analista nunca se plantea espontáneamente la cuestión de por qué quiere ejercer esta función. Siempre ha sido necesario hacerle ver que sería útil trabajar el problema antes de comprar un diván.

Examinaremos cómo, una vez que el analizante haya desmontado la cronología de su “deseo de devenir analista”, hasta ese punto del fuego vivo del “deseo del analista”, choca con la puesta en escena del fantasma. Se trata, en suma, de una cuestión clásica, de la articulación de la historia y de la estructura². La historia no habría sido lo que es sin el fantasma (que es anterior), pero no sabríamos construir el fantasma sin la historia, sin la puesta en forma de la cual se sustrae toda consistencia.

CRONOLOGÍA DE UN DESEO PARADOJAL

La historia merece entonces ser construida en todos sus detalles, entre los cuales los elementos sintomáticos revelarán la estructura. Tomar en serio los hilos delicados de la historia, remontar pacientemente sus conexiones a través del laberinto de hechos, sueños, fantasmagorías (¡que también hacen parte de la historia!), todo esto devela puntos de articulación con el fantasma. El fantasma convoca al sujeto a un cierto lugar, y este último encuentra entre sus semejantes los personajes y los acontecimientos que le dan consistencia a ese lugar: es decir que los puntos de mediación de la historia y del fantasma son fijados por un número reducido de identificaciones. Su *set* discreto se recorre en momentos de atravesamiento del plano de la identificación, fórmula equivalente y mucho más fácil de comprender que aquella, más popular, del “atravesamiento del fantasma”, fórmula que a propósito Lacan solo utilizó una vez³. La historia

2. Se trata del mismo problema evocado por Freud a propósito del Hombre de los lobos, cuando se pregunta si la construcción de la escena primitiva a partir de un sueño corresponde a un fantasma, o si procede de recuerdos infantiles: “Me gustaría saber si en mi paciente la escena originaria era un fantasma, o bien, algo vivido realmente, pero tomando en cuenta otros casos similares, no es demasiado importante establecer conclusiones sobre ese punto”. Freud retomará la misma problemática en “Construcciones en el análisis”, de 1937.
3. La comunidad lacaniana prefiere la segunda fórmula, a pesar de su inmensa opacidad (probablemente porque es más estética, y porque le abre todas las posibilidades al “deseo puro”, o incluso a la represión *cfr. supra*).

viene entonces a aglutinarse alrededor de estos puntos de identificación generadores del síntoma, y son estos puntos los que, por poco que se fuerce el aldabón, ponen en evidencia las invariantes del fantasma.

Es a partir de estas identificaciones —en últimas pobremente edípicas—, que se anuda un deseo de “devenir analista”, cuyo punto de partida no está en lo absoluto relacionado con el deseo de “hacer el bien”, de “saber”, etc., sino con el deseo de desplazar el enigma del propio deseo a los deseos de los demás, que sufren. El fantasma de devenir analista proporciona una protección que sirve principalmente para protegerse a sí mismo. “Se” quiere primero curar al otro (“*On*” *veut soigner*), a defecto de su propio deseo, del cual “se” ignora de este modo el objeto. Es en este sentido que uso el término “curar”. Este término puede tener una connotación médica, pero que tiene una mayor aceptación: la de “curar” a los demás, o, aún más, preocuparse por el tormento de los demás. Este tratamiento pone en funcionamiento una mecánica compensatoria, liberadora, asesina, etc., que funciona por desistimiento, dislocación, desplazamiento, etc., de un deseo edípico oculto en el hecho de situarse al servicio del bien. Esto quiere decir que Fulano habrá querido ser analista para curar a su madre, reemplazar a su hermano, hacer de padre⁴, etc. En cierto modo, “se” quiere curar (“*on*” *veut soigner*) bajo el reverso del fantasma “pegan a un niño”⁵. Es cuando se logra la subjetivación de ese “se” que la chispa del deseo de ser analista pone al fuego otra cosa: el deseo *del* analista.



4. Freud no hizo un misterio de su propio caso: según él, estaba afligido por un profundo anhelo de paternidad.
5. La formulación está establecida en función del enunciado cuyo sujeto indefinido del francés “on”, se sitúa en la misma línea lógica del enunciado del fantasma “pegan a un niño”, “*on bat un enfant*”. [Nota del traductor].

El pasaje de un estado al otro sólo significa que el analizante puede dar cuenta de los motivos inconscientes de su vocación, y que, a pesar de todo, persevera. Cuando el analizante-futuro-analista discierne las razones edípicas para querer curar, su reacción más frecuente es declarar no querer en lo absoluto curar. Bajo esta impulsión y ulteriormente, algunos de estos analizantes devenidos analistas declaran con cierto aplomo que sobre todo no hay que curar. Si hubieran examinado mejor la dimensión denegativa de esta reflexión, deberían más bien decir que, para curar, es mejor no querer curar. El analizante que quiere devenir analista ha querido primeramente curar, ha querido ser un médico de almas, y es en la medida en que su propio análisis le ha mostrado que su deseo de curar a otros procedía de su neurosis y de su complejo de Edipo, que él puede ocupar esta posición paradójica. Paradójica porque naturalmente los analizantes vienen al análisis para mejorar, y, por otra parte, los analistas se regocijan cuando constatan que sus pacientes van bien. ¡Sin embargo pueden declarar, con justa razón, que ellos sobre todo no lo han querido! En este sentido la ética del analista parece enteramente diferente de las éticas ordinarias, ya que del no querer del analista se obtiene lo que él declara no querer, encarnando de este modo un personaje de santo, de buen padre, etc., cosa que justamente no es. Aquel que ha

querido ser analista, ha querido inicialmente curar, antes de que su deseo de analista imponga su paradoja. Y ese primer deseo continúa siendo denegativamente eficaz: ¡sin buscar curar, cura! Podemos medir aquí la eficacia de la denegación que rige el deseo del analista: “¡sobre todo no querer curar!”, denegación que se incorpora “por añadidura” a su deseo original de curar. Esta negación contamina todas las posiciones que aparentemente son transferidas, y en consecuencia, la cura viene al analizante “por añadidura”, para él también. El analista añade una denegación a su deseo de curar, y es gracias a la añadidura misma que la cura adviene al analizante.

Esta operación denegativa que instala el deseo del analista sigue siendo enigmática para el analista mismo, y este punto de desconocimiento lo incita al trabajo, tanto teórico como práctico, para intentar comprender algo. Pero el acto va a renovar cada vez este punto de desconocimiento: ¿por qué el analista continúa haciendo lo que hace, cuando su análisis le ha mostrado las determinaciones de ese acto?, ¿acaso lo desconocido del deseo de analista, la famosa X que autoriza la transferencia —si lo miramos más de cerca—, es tan desconocida como se cree? A fin de cuentas, diremos más bien que esto corresponde a la represión reiterada del resorte edípico de la identificación que el acto pone en funcionamiento (bajo la cubierta del des-ser (*désêtre*)). En su acto, el analista deniega las determinaciones que lo han llevado a hacer lo que hace: primero abre un espacio para él mismo, y es esta vacuidad lo que permite al analizante dirigirse a él. Al momento de su acto, el analista no sabe quién es (y el analizante se sirve de esta neutralidad —o más bien de esta neutralización— identificatoria).

Sin duda podemos considerar que este desconocimiento destinado a recubrir una paradoja desagradable está en el origen de lo que Lacan calificó como “el horror del acto”. Esta fórmula, un poco enfática, asigna una dimensión dramática a una operación que merecería ser calificada de este modo, si los agentes del acto se dieran cuenta de ello. Pero el acto en cuestión se instala allí justamente para ocultar el problema. Debería haber un “horror del acto” (o más bien del deseo que recubre), pero, de hecho, el acto es amnésico de sus propias condiciones de efectuación. Esta amnesia se desplaza hacia otro terreno, al que podríamos llamar una *vergüenza del acto*, o al menos una vergüenza larvada de hacer lo que hacemos: la dificultad de los analistas para definir su estatuto de manera positiva y para reconocer ellos mismos su lugar en la sociedad es una consecuencia de su culpabilidad, por ejemplo, de curar, es decir de hacer aquello que está ligado a sus motivos edípicos de ejercer el psicoanálisis, o aún más, a su culpabilidad de sostener el lugar del Mal del deseo para sus pacientes. A este respecto, no se necesita de más para que se consideren, de manera coqueta, como sujetos fuera de la ley o artistas.



DEL PASE DESCONOCIDO DEL DESEO DE DEVENIR

ANALISTA AL DESEO DEL ANALISTA

En el curso de un análisis, el atravesamiento del plano de las identificaciones sucesivas devela lo que hay de neurótico en cada identificación (el recubrimiento del presente por el pasado). La operación debería ser la misma en lo que concierne al deseo de devenir analista. Si este movimiento llegara a su término, ya no debería haber nadie a quien curar. ¡Pero no es el caso! El atravesamiento del plano de las identificaciones desaloja “el deseo del analista” del “deseo de ser analista”, deseo bastante raro, defectuoso en aquello que lo funda. “El ser” se hunde en el camino y no termina de hundirse: porque como es el caso en todas las existencias humanas, el deseo que conduce la existencia del analista sueña con realizar el Ser. Lo que quiero decir es que, a pesar de esas denegaciones (“sobre todo no querer curar” es un ejemplo flagrante), el analista no termina de ponerse en camino, en la ruta del Ser. Espontáneamente, esta falla de principio comporta una cierta eficacia: la insistencia del semblante permite a un otro analizarse. ¡Pero será bastante más eficaz si el analista está informado de la posición de semblante que él ocupa para sí mismo, antes de que esta le sea impartida!

Es necesario evocar otro aspecto sobre este punto de oscilación del plano de la identificación que permite el paso del “querer ser analista” al “deseo del analista”. Por ejemplo, es fácil criticar la famosa “identificación con el analista”, que durante largo tiempo ha pretendido legitimar los finales de partida didáctica en la IPA. ¿Acaso los lacanianos están dispensados de este defecto, incluso en términos de identificación con la teoría, o a los eslóganes del analista cuando es jefe de escuela, o aun a sus tics, sus gestos, su voz?⁶ A decir verdad, resulta vano criticar la “identificación con el analista”, si no sabemos con quién estaba identificado este analista por parte del analizante (siempre el famoso “set edípico” cuyo ocultamiento no comporta ningún perjuicio). Un analizante puede instalarse como analista a título de una de sus identificaciones, que no ha atravesado aún, y esto bajo la cubierta de una identificación no analizada con su analista: de este modo podemos distinguir el atravesamiento del plano de las identificaciones de una de sus figuras específicas: la identificación con el ser analista. Se quiere ser analista sin percibir que este ser se anuda —a través de una identificación con su analista— a una identificación con el padre, con la madre, etc.

Es imposible establecer un repertorio de la variedad de máscaras que puede tomar este modo de fijar las identificaciones no analizadas con un “ser analista”. Podemos citar, por ejemplo, la identificación materna con el gran Otro: el maternalismo discreto emplea varios métodos que van de la “madre suficientemente buena” de los anglosajones —“la que quiere el bien sin querer el bien, y que imparte la más deliciosa de las ordenes: ¡sé libre!”—, hasta la madre muda y rechazante, tanto más una madre

6. Todavía encontramos lindas réplicas de los gestos de Lacan que han logrado mantenerse durante una generación de analistas.

cuanto que es muda y rechazante: es una madre al cuadrado que, bajo una cubierta de neutralidad, lleva su amor hasta su límite lógico, es decir, hasta el flirteo con la pulsión de muerte.

No obstante, esta caricatura de la bondad caritativa llevada hasta el límite en donde ella se invierte no es la más demostrativa en la atmósfera lacaniana, en donde la libertad del acto analítico (tanto en lo que concierne a la duración de la sesión como en las variantes de la cura tipo) está tan privilegiada, que es la identificación con el padre más que con el Otro lo que está puesto en *exergo*.

Finalmente, no hay que perder de vista que identificarse con el padre o con la madre puede justificarse gracias a la inencontrable posición del objeto *a*. El discurso del analista, tal y como Lacan lo formuló, permite librarse fácilmente a este ejercicio de ocultación, ya que es imposible extraer este objeto *a* de la cadena de relaciones a partir de las cuales está fijado. Este objeto *a* nunca se sustrae de su articulación con el sujeto dividido. Es imposible definir cualquier tipo de positividad de la posición designada como “semblante de objeto”. En la cura, el famoso lugar “pequeño *a*” resulta solamente del escamoteo del analista con respecto a las identificaciones edípicas que se le atribuyen. Según los momentos de la cura, y a veces según los momentos de una misma sesión, el simulacro del analista lo conduce a esa posición de “pequeño *a*”, a pesar suyo: ese “pequeño *a*” es un resultado que, solo retroactivamente, aparece como agente⁷.

Esas diversas posiciones identificatorias son potenciales en el deseo de devenir analista. A medida que el análisis se despliega, un analizante se ve confrontado a ellas hasta el atravesamiento del plano de la identificación que permite desmontarlas. Pero puede igualmente rehusarse y querer realizar la identificación con el analista, interrumpiendo bruscamente su análisis y encarnando ese lugar para otro bajo la cubierta de “hacer de analista”. En un tal forcejeo del pasaje al analista, el semblante que lo representa corre un fuerte riesgo de asemejarse a la impostura. En un tipo de situación como esta, de *impasse*, el pretendido analista prosigue su propio análisis con sus analizantes: es lo que él puede llamar su *contra-transferencia*. Trataremos entonces de continuar orientándonos a través del caso en el que cada plano de la identificación alienante es atravesado.

EL MURO INVISIBLE DEL FANTASMA

Durante el tiempo de un análisis, el deseo de ser analista se historiza y encuentra sus coordenadas edípicas. Ese pasaje del deseo de ser analista al deseo del analista puede situarse cronológicamente: el deseo del analista se anuda a alguno de esos minúsculos



7. Notemos además que la identificación con el objeto es tan impersonalizante, que la Asociación Psicoanalítica y su jefe le van como anillo al dedo: es necesario que al menos un sujeto hable a título de amo en nombre de todos esos objetos, y no es sorprendente que las teorías del fin del análisis en términos de identificación con el objeto hayan tenido tanto éxito en las asociaciones en donde la jefatura está a la orden del día.

recuerdos que organizan todo un fragmento de la vida de un sujeto, hasta el momento en el que ese pequeño punto de la historia revela su articulación con el fantasma, y la manera en la que este, en lo sucesivo, organiza la existencia. Pero una vez que esta cadena ha sido recorrida y que la historización ha sido construida, el punto de mira de la historia, su punto de origen ahistórico, sigue siendo, propiamente hablando, el fantasma. Se trata del punto preciso a partir del cual la historia se ha construido, ya que si la historia tiene un sentido es el de buscar realizar el fantasma: la historización es una consecuencia del fantasma que recubre y que la empuja a elaborar.

Se puede considerar como un resultado bastante considerable que los atravesamientos del plano de la identificación permitan el pasaje del “querer devenir analista” al “deseo del analista”. ¿Pero se trata de un final de la partida, o al contrario, de un comienzo? Porque a partir del momento en el que el ovillo de la historia es desenredado, o que al menos podemos percibir sus nudos, ¿cuál va a ser el destino del fantasma? Esto es otro asunto. El atravesamiento del plano de la identificación separa las invariantes del fantasma que, desde entonces sin historia, presentes en toda su potencia, buscarán tomar consistencia gracias a una puesta en acto. Vampírico, el fantasma busca encarnarse. Se horroriza de la desnudez, y nunca queda al descubierto más que un instante. ¡Actúa en la inmediatez! La historia ha sido poco a poco afinada, vaciada (i. e. analizada) y hasta la médula: hasta el punto en que el fantasma al que daba forma es reducido a su estructura, y como esta estructura pasa a ser inconsistente, se pone en acto.

La reducción histórica del análisis vacía el terreno del ser, transformando el deseo de devenir analista en deseo del analista, pero el Maligno (es el Ser desde siempre) se refugia en el acto. Ya no es necesaria la reviviscencia de la historia, pero en su lugar, el acto vivo: ya no vemos más que fuego, eso quema. Es cuando el analizante llega a ese punto de vaciamiento de las rememoraciones que va a precipitarse a comprar un diván: des-ser tal vez, pero des-ser para alguien es proseguir a ser. El famoso des-ser del analista no desontologiza su deseo⁸. ¿No es acaso un verdadero placer ese inicio de los tiempos en cada nueva sesión?

Dicho de otro modo, el sujeto puede saber largamente sobre la historización de su deseo de devenir analista, es un saber que él puede desmontar en sus términos esenciales. Pero cuando haya elaborado lo esencial y cuando crea que ya no hay nada más por analizar, queda aún el fantasma, que atraviesa a medida que lo realiza. El dispositivo analítico puede perfectamente ser una manera de realizar el fantasma, es decir, de atravesarlo, a partir del momento en que la pantalla histórica del fantasma cede. Si el término “atravesamiento del fantasma” comporta un sentido en lo que concierne al punto último sobre el cual se apoya el deseo de devenir analista, es el de su realización.

8. El des-ser no garantiza en lo absoluto que el goce encuentre un límite: el no-ser es una forma de goce, cfr. las psicosis. El des-ser anuncia un goce sin historia.

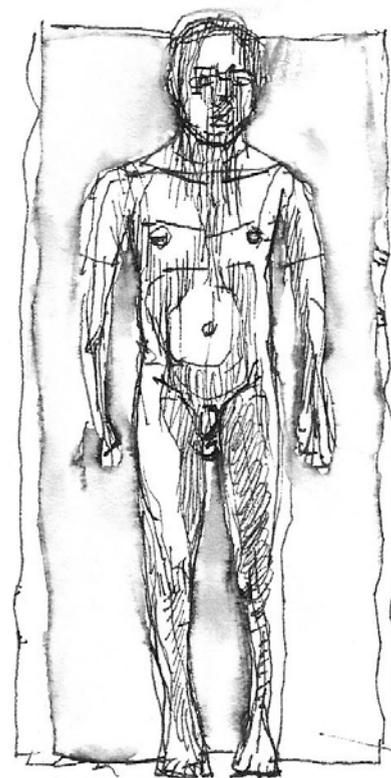
La realización del fantasma, o aun la travesía del plano de la identificación (hay tantos términos equivalentes...) reclama una puesta en acto, y es esta puesta en acto aquello que anima al analizante cuando decide bruscamente instalarse, con todo el mobiliario adecuado (sillón, diván, etc.). Va a poner en escena el fantasma atravesado.

Siempre me ha sorprendido la certeza que anima a la mayoría de analizantes cuando realizan el paso al analista. A veces es difícil retenerlos por la manga, al menos durante el tiempo necesario para la puesta en cuestión de su deseo (que solo se sostiene como deseo al precio de esta condición). Lo que los anima no es una brusca voluntad de identificarse con el analista (ya hemos mencionado que “el analista” representa él mismo otra identificación). Se trata más bien de un cambio de lugar en un dispositivo fantasmático que ha mostrado su eficacia para el analizante. El término de paso al acto conviene perfectamente a este primer paso del analista, que puede seguir siendo un eterno primer paso, o bien, pasar. En efecto, la certeza que lo anima bruscamente corresponde a ese momento en donde, en una desnudez imposible de situar, el fantasma lo incita. Es allí donde el analista puede creerse *puro sujeto* o *puro objeto* (la pureza testimonia aquello que reprime). Incluso cuando ha podido descubrir las coordenadas edípicas de su deseo de curar, de reemplazar a su padre o de salvar a su madre, etc., algo todavía más potente lo estimula: un fantasma que el dispositivo psicoanalítico puede permitirle poner en escena.

La puesta en escena de fantasmas fundamentales se adapta perfectamente al dispositivo psicoanalítico. ¿Qué hay de más fácil que la activación del fantasma de seducción en las condiciones del sillón al diván, ya que se trata de hacerse desear, de hacerse amar, sustrayéndose de las consecuencias de este amor o de este deseo? Igualmente, no hay nada más simple que poner en escena el fantasma de la escena primitiva al ser testigo de los problemas con el otro sexo entre los que se debate el analizante.

EFICACIA Y LÍMITES DE LA PUESTA EN ESCENA

La puesta en movimiento del fantasma en la escena del análisis opera de manera insidiosa, ya que corresponde a la demanda inconsciente del paciente. Es por esto que el dispositivo analítico es, por sí mismo, traumatizante. Este último predispone, casi automáticamente, a la construcción del fantasma fundamental del analizante. Desde su primer movimiento, el analizante va a resistir al análisis porque su dispositivo amenaza con la repetición del trauma, pero es esta misma resistencia lo que permite su progresión, ya que permite la subjetivación de ese trauma. Es suficiente con que el analista deje operar la transferencia y que al mismo tiempo se sustraiga —según la



regla de la seducción histórica—, para que la cosa funcione inmediatamente: que el fantasma de seducción o de la escena primitiva se adhiera al dispositivo. El dispositivo diván-sillón expone de manera denegativa que no hay nadie a seducir y nada que ver: yo no te quiero y tú no me ves.

En esta situación orientada de este modo, la única positividad de la operación es la inferencia transferencial generada por el analizante. ¿Y qué es lo que transfiere automáticamente, si no es la escenografía de sus traumatismos? ¡Es por esto que viene a sus sesiones! Y como se topa con un personaje que no se compadece de sus desgracias, esta neutralidad tendrá un único resultado, que es el de situar al analista entre los personajes traumatizantes en cuestión. La entrada en análisis conmociona en proporción al hecho de que el analista es un sujeto “supuesto traumatizante”, que participa de una puesta en escena automática del fantasma de seducción o de escena primitiva. Podemos constatar hacia dónde conduce una neutralidad demasiado mantenida, sin que la labor del analizante sea sostenida por el consentimiento de una escansión o de un estímulo: hará virar el semblante hacia la impostura. Es aquí donde podemos comprender cómo el dispositivo puede servir también a la fantasmática del analista: en efecto, ¡cuánto goce podría constituir para el analista, majestuosamente entronizado por la transferencia, el papel de un semblante paternal o maternal! El traumatismo sexual se redobla en esa red: el analizante viene a quejarse ante un personaje que porta la máscara de culpable. Es cierto que el hecho de que el que demanda dirija la queja al culpable es una situación que puede permitirle descubrir in situ en qué medida él ha participado del deseo del que se queja. Pero sería necesario que el semblante se desenmascare, según aquello que podríamos llamar las astucias de la santidad. ¿Por qué el analista rompería con toda caridad así de santamente, y a qué deseo corresponde esto? En lo que concierne a los santos, sus vidas nos han ilustrado ampliamente. Los santos simplemente eran hombres que pretendían ser padres —castrados naturalmente—, pretensión que develaba sus apetitos de hijos crísticos, según la inversión religiosa del deseo de matar al padre.

¿Y los analistas?, ¿qué es lo que borran al borrar el semblante que les es transferido? Ellos nunca terminan de borrar lo que viene a manchar su deseo de origen, en un dispositivo en el que la mancha siempre reaparece. Y sin embargo, el resultado de esta paradoja es excelente: la sola fuerza del dispositivo, por poco que el analista la mantenga, tiene un efecto terapéutico, si designamos de este modo a la metamorfosis del síntoma en fantasma. El síntoma y el fantasma comportan las mismas invariantes, pero los primeros se escriben regresivamente sobre el cuerpo, en tanto que su sujeto se mantenga inconsciente. Añadan el sujeto al síntoma, y este se despliega en fantasma: es lo que se obtiene en el dispositivo, sin más. Es suficiente con que el analista sostenga



su lugar en el dispositivo, es decir, mantener la presión del semblante del traumatismo, para que el síntoma se despliegue en fantasma.

Esta cura a través del pasaje del síntoma al fantasma resulta del pasaje de la posición pasiva, que corresponde a la regresión del síntoma sobre el cuerpo, a una posición activa, o más exactamente, a una actividad potencial programada por las representaciones fantasmáticas. Este pasaje de la pasividad a la actividad añade un sujeto a las invariantes del síntoma que son pulsionales, sin sujeto. Podríamos dar varios ejemplos de este pasaje de la pasividad a la actividad: la parálisis o la ceguera u otros síntomas histéricos corresponden a la posición del sujeto seducido y traumatizado por el padre. Más exactamente, el sujeto objetivado por el traumatismo hace resistencia en un solo punto del cuerpo pulsional gracias a su síntoma, lugar último de su subjetividad. El “efecto sujeto” de la sesión incorpora un sujeto a las invariantes del síntoma, y el fantasma de seducción se desdobra entonces según la puesta en escena de la seducción impedida, o según el deseo de deseo irrealizado. Es lo que el analista parece proponer: la provocación de un deseo no realizado. Podemos situar el mismo proceso para la neurosis obsesiva, por ejemplo en el caso de sordera o ceguera sintomáticas. La subjetivación del síntoma despliega el fantasma de la escena primitiva cuya consecuencia se materializa en pasajes al acto demostrativos en cualquier tipo de actividad (editor, escenógrafo, profesor, etc.) que, sirviéndose de un saber, o del arte de un artista, de un autor, etc., buscan recrear la escena primitiva para un público.

La vectorización del síntoma hacia el fantasma procede del dispositivo y es necesario señalar que su eficacia no es una eficacia “lenguajera” en general. La asociación libre por sí sola no vale gran cosa si la transferencia no engendra una vectorización de la palabra por el fantasma. Esto es lo que se obtiene del efecto traumático del dispositivo.

Volvamos al analizante que, creyendo haber situado de manera óptima las coordenadas edípicas de su deseo, cree poder, de manera legítima, instalarse como analista. Es cierto que desconoce considerablemente la potencia del fantasma que lo anima. Y sin embargo, no podemos decir que aquel que entra de este modo, sin saberlo, en la escena fantasmática del dispositivo no funciona como analista. En efecto, tal puesta en escena es adecuada para la puesta en tensión de la transferencia. Igualmente podemos interrogar si esta eficacia no se mantendría gracias a la ambigüedad que constituye un goce que busca realizarse. De hecho es algo perfectamente explícito en las teorizaciones del pasaje al analista en donde el objeto a es reducido al objeto de la pulsión.



¿CÓMO ATRAVESAR UN MURO INVISIBLE?

En esas condiciones de profundo desconocimiento, no es sorprendente que aquel que da ese paso a ciegas continúe casi siempre su análisis. Porque con ese solo paso no ha llegado aún al final de su análisis, aunque —lo repito una vez más—, pueda ya funcionar como analista para otros. Una función eficaz del analista es compatible con este equívoco de un goce que busca perpetuarse, pero con la condición de continuar el análisis. La denegación de que el analista cura, ama, goza, constituye una afirmación fuerte de su deseo, y es en función de esta afirmación que nuevos analizantes pueden desplegar sus propios fantasmas, y en consecuencia curarse, en el sentido evocado más arriba. La situación es extraña, el análisis se transmite gracias a la cadena de aquellos que se han pasado un relevo, en un momento en el que todavía no habían terminado con lo que había de didáctico en el análisis. La experiencia del análisis se transmite gracias al defecto que el mismo análisis reproduce. Ese defecto constituye su principio activo.

¿De qué manera puede dialectizarse esta situación, para cada uno de aquellos que vienen a ocupar este lugar con los ojos aún vendados? ¿Cómo analizar el fantasma cuando este último se soporta en una puesta en escena que se realiza en nombre del “bien”? (el “bien decir”, la ética, la santidad, etc., para no hablar del formidable obstáculo de la institución). Podría inquietarnos que el fantasma puesto en escena de este modo se mantenga tan mudo como el analista que chapotea en su agua deliciosa hasta el colmo del horror.

Pero una duda puede minarlo, hasta tal punto que, golpeando en el hombro de uno de sus camaradas —tal vez igualmente agitado por este sueño despierto—, le pregunta si es cierto lo que sucede, si él no es solamente uno de esos maravillosos lugartenientes de ensueño, encadenados, desde Freud, a esta cadena de goce, que él, por esta vez, quisiera romper.

¿Entonces, me confirmas que soy analista? Si dices sí, yo no sabría a qué me dices sí. Antes de que me respondas, yo me autorizaba de mí mismo, pero si me dices sí, ese “mí-mismo” cae por sí mismo. Tu respuesta sustrae todo el ser de ficción del cual tomo el lugar, y el despertar de ese sueño solo puede producirse a partir de un evento exterior al sueño.

Si yo formulara la misma pregunta a alguno de aquellos que me han precedido y formado, ¡entonces seguiría soñando! En este sentido, existe una necesidad de asociación de aquellos que han realizado la misma experiencia de análisis, para que esta experiencia haga escuela. Sin duda es en este sentido que Lacan había imaginado un dispositivo llamado “pase”, destinado a poner a prueba el paso del analizante al analista.

El dispositivo institucional del pase no hace parte del análisis, el cual puede perfectamente desarrollarse sin recurrir a sus servicios. El pase ni provoca ni sanciona el fin del análisis, si entendemos por “fin de análisis” el goce de la paradoja, es decir, el momento en el que las contradicciones del deseo han sido elevadas al goce de la paradoja del deseo mismo⁹. Es cierto que aquel que ha querido devenir psicoanalista tropieza con una paradoja particular que corre el riesgo de hacer de él un perpetuo analizante: no debería curar, pero lo hace de todos modos y, contrariamente a las paradojas que estructuran los demás deseos, niega el goce que podría obtener (por ejemplo, un bombero pirómano no tendría ese problema). ¡Es comprensible que sienta la necesidad de hablar de ello!

Pero no se trata solamente de hablar de lo que pasó. Un analista puede dar testimonio del recorrido histórico de su deseo, tal y como se ha depurado en su análisis, puede dar testimonio del pequeño evento de la historia que sostiene su acto, de la escoria sobre la cual lo depurado del deseo ha colisionado. ¿Para qué sirve todo eso, si no es para reenviar eventualmente al candidato a su análisis o a un suplemento de análisis? En realidad de lo que se trata es más bien de hablar de lo que sucede actualmente en el dispositivo mismo, que de hablar de lo que pasó en su análisis. ¿Acaso no es a causa del horror del acto —es decir, de lo que la puesta en acto del fantasma actual tiene de desestabilizante— que el pasante quiere dar testimonio de la puesta en escena a la que lo ha conducido su análisis y a partir de la cual actúa?

En su primer paso, el nuevo analista se hace objeto para otro: esto le produce un goce aunque se defiende de él. Por principio desconoce lo que hace (un objeto no busca saber, solo saca provecho, eso es todo). ¿Pero qué sucederá si es convocado a saber algo, como lo prescribe el encuentro con aquellos que están en el mismo punto que él? ¡Por supuesto que el fantasma no va a desaparecer! (A propósito, este tiene su propia eficacia). Pero va a relativizarse. Si el nuevo analista cuestiona a su analista (o a los pares de este último), queda atrapado en la prosecución de su análisis. Si cuestiona aquellos que no han llevado el análisis hasta el mismo punto que él, estos últimos solo podrán escucharlo desde un punto de vista de hechos históricos edípicos. Solo aquellos que están en el mismo punto que él pueden escucharlo. ¿Pero escuchar qué, exactamente? Se trata de escuchar aquello que no es audible, pero que es “anterior” a la mecánica del fantasma: el encuentro del sujeto con el lenguaje. Escuchar el punto-fuente de la subjetividad que va a precipitar la mecánica de los fantasmas, y detrás de esta, la puesta en pliegues de los hechos históricos y su repetición. Antes de los fantasmas se perfila aquello a lo cual están articulados, aquello a lo que los fantasmas hacen pantalla. Antes de “pegan a un niño” se escucha el grito de desvalimiento primero, al momento del encuentro con el prójimo. Es a un tal prójimo que aquel que deviene

9. Se puede curar de la neurosis, pero la locura de las contradicciones del deseo siempre estará presente.

analista encuentra, en un desplazamiento de los orígenes al lugar de su atemporalidad. El fantasma primordial, los fantasmas fundamentales recubren el primer traumatismo del encuentro del sujeto con el lenguaje, que relativiza todos los otros traumatismos, el trauma sexual, la escena primitiva y la escena de seducción.

La existencia del sujeto se escalona según la sucesión de traumatismos que recubren el “primero”, y ese traumatismo primero no está inscrito en ninguna temporalidad: se repite cada vez que alguien se dirige al otro. La escena del análisis es traumatizante no solamente porque reitera los fantasmas fundamentales: detrás de estos hay una relación “primera” con la palabra. Es de este modo que la puesta en escena del fantasma se relativiza. Se pone en evidencia la denegación, esta modalidad de la existencia que sostiene el deseo del analista. Cuando el nuevo analista comienza a hablar, tal vez pretendía ya no ser nada, según los arcanos de una deliciosa anulación: pero percibe bruscamente que ese nada es algo. De hecho es su relación con La Cosa, y que su deseo se articula no como deseo de nada, sino como deseo cuya fuente es La Cosa, según el equívoco del latín *Res*, que viniendo de La Cosa, da a luz “el nada”¹⁰. Esta relatividad produce la subjetivación del anonimato de la pulsión y establece su sujeto en una relación impersonal con la palabra: esta relación concierne a cada persona en su relación con La Cosa. Es la relación que Freud evocaba en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*. La madre es el Otro, pero Freud la eleva a la dignidad del *Nebenmensch*, que se divide entre una parte conocida y una parte desconocida. Lo desconocido, La Cosa, germina de nuevo al momento de cada presencia. Hablando, escuchando, cada sujeto se divide entre sí mismo y La Cosa, entre lo que es conocido de La Cosa y lo que queda desconocido. Solo escuchando quedo del lado de lo desconocido para ti, que se dirige a mí, y tú inventas lo conocido en función de lo desconocido. El psicoanalista se sitúa en primera instancia del lado de eso desconocido, y es en ese lugar que es localizado por su analizante, como aquello que constituye lo desconocido de esa relación con La Cosa. Su persona, entre alguien y nadie, es clara y opaca como el ombligo del sueño, que se sitúa en el punto de escisión entre lo desconocido y lo que puede ser conocido de los pensamientos del sueño.



10. Traducimos el término francés *rien* como “el nada”, para distinguirlo del término *néant* que igualmente significa la nada, pero que se aproxima más al “*nihil privativum*” de Kant, una de las cuatro formas de la Nada, que designa una ausencia absoluta de todo ser. El nada (*rien*) supone una existencia figurada: la presencia de una ausencia. [Nota del traductor].

Este encuentro con el *Nebenmensch* es siempre anterior al fantasma y lo comanda. Una vez que este encuentro se produce, el fantasma puede ejercer las manipulaciones que él quiera, “Yo” (*Je*) estaré siempre adelante, y Tú también. “Yo” (*Je*) produce el fantasma que lo recubre, en el cual “Tú” te debates. En la clase del 8 de mayo de 1957 del seminario *La relación de objeto*, Lacan sugería: “el Yo (*Je*) y el Tú; todo parece indicar que ese Tú es el significante límite [...] un Otro que está desde entonces en nosotros bajo la forma del inconsciente, pero que está inscrito en nuestro propio desarrollo [...] un Otro absoluto como sede de la palabra”.